

REDACCIÓN

EL EBRO

ADMINISTRACIÓN

Portal de Ratau, núm. 2016. Director. Todas la correspondencia al Director.

Año I

Por la buena prensa

La prensa es la gran palanca de nuestros días. Con ella se ha removido todo: imperios y naciones, instituciones y tronos, leyes y costumbres, artes y ciencias.

Ciegos los que no vean la enorme influencia de su acción poderosísima.

Más formidable que los arretes con que los romanos hundían las murallas enemigas, con ella se han levantado los montes y removido los continentes, sembrando de ruinas el universo.

Argos de cien ojos, ha clavado su atisadora mirada en el seno recondito de todos los arcanos, y ha penetrado en el secreto de todos los misterios y de todos los enigmas.

Monstruo de cien cabezas se ha enseñoreado del orbe entero; titán furioso ha machacado y triturado todas las ideas, pulverizado todas las creencias y hundido las más fuertes e inexpugnables baluartes.

Así, poco más ó menos, expresan las excelencias y las ventajas de la prensa sus más fervientes e incondicionales encomiadores.

Sin escatimar sus múltiples recursos, ni exagerar sus grandes medios de acción, juzgándoles de una perfección indiscutible, palatinamente confessamos las innegables conveniencias que á la verdad y al legítimo progreso puede reportar un recto y moderado uso de la prensa.

La prensa, como vehículo de publicidad, es el más apropiado elemento para saciar los afanes del espíritu humano, hoy más que nunca hambriento de ideias, de conocimientos y de verdades. La facilidad que presta á la difusión, la prontitud con que transmite de un punto á otro las palpitations de los pueblos y los innumerables medios de que puede echar mano para seducir y fascinar á las almas, le garantiza una universal simpatía con que se la acce en todos los hogares.

No podemos, no; no debemos rechazar de manera alguna á la prensa; antes al contrario, importa mucho hacerla nuestra, enderezar sus pasos, abrirle horizontes de luz y de verdad que la hagan amable y apetecible á los espíritus rectos, confiarla la misión de evangelizar á los

EL EBRO

Diario de Tortosa

Librería de Arturo Voltes
Calle del Angel, 7-13
Precios de suscripción
1 peseta al mes

Martes 4 de Diciembre de 1900

Num. 8

pueblos y de ir á propagar los principios y las doctrinas salvadoras entre las gentes.

Un ilustre pontífice ha dicho que San Pablo sería periodista si viviera en nuestros días.

Afí sería indudablemente; porque aquel gran apostol que por difundir la fe de Cristo no perdonó trabajo ni fatiga, que el mundo todo fue corto espacio para dar expansión á sus aientos evangélicos; que pasó en su afán apostólico el Asia, el Africa y Europa; aquel gran atleta del verbo cristiano que, en Roma y en Atenas, en el areopago, donde se congregaron los sabios, y entre las muchedumbres ignorantes, entre judíos y gentiles, fué el mayor propagandista de la verdad revelada; aquél divino aventurero que, por mares y por tierras, desde Damasco, donde abrió los ojos á la luz, hasta los más extremos confines del planeta, fué predicando al Crucificado; aquél andante caballero de la fe, no sin justicia llamado el Apóstol de las gentes, pionero de la buena nueva en Antioquía, Tironio, Lystra, Macedonia, Tesalónica, Atenas, Corinto, Efeso, Jérusalén y otras cien regiones y ciudades; aquel célesto Pablo no se desdenaría hoy, si estuviera entre nosotros, de esgrimir la pluma, sentando plaza en las filas del periodismo para batallar por la gloria y los intereses de Cristo.

El periodismo es en la actualidad un gran palenque en que los católicos no hemos entrado con la decisión y el empuje necesarios para ganar la batalla á los enemigos del nombre de Cristo.

Triste cosa es, pero hay que rendir tributo á la verdad confesando que, en las lides periodísticas, nos aventajan en número y en elementos de combate los enemigos. Certo que á ellos les abona la malicia de los tiempos, les prestan alas las corrientes modernas abecadas á los charcos en que se revuelven gran parte de las publicaciones al uso.

Cierto también que no nos es posible á los católicos dar á nuestros periódicos esa amplitud mariana, esa ancha base de los modernos rotativos, amplitud que les permite recorrer toda la escala de los gustos, prestándose á todas las exigencias, dando páginas á todos los apetitos, entrando por todo, como la consabida romana del diablo, y amoldándose, plegándose y acomodándose á cualquiera interés por bastardo que sea, á cualquiera conveniencia por lesiva y atentatoria que resulte á las leyes del orden moral.

Y ese es mayor tristeza todavía, que precisamente lo que constituye vicio y vilipendio y signo de reprobación en los malos periódicos, viene á ser aceite para su prosperidad y mengua y desventaja para las publicaciones católicas.

De donde se sigue un mayor género de malicia en la conducta de aque-llos que llámándose católicos no res-pan en contribuir indirectamente al empobrecimiento de la prensa ca-tólica, negándole su concurso mate-rial, mientras directa y positivamente aportan su graso de arena, ó tu perro chico, el caso es el mismo, para aumentar la circulación de la prensa liberal.

¡Ah! Gran responsabilidad la de aquellos que así se comportan por noticia más ó menos.

EN HONOR

DE KRUGER

Un afamado escritor francés ha publicado una hermosa poesía, mejor dijéramos himno vibrante de pasión y de sentimiento, entonado en honor de Kruger que acaba de ser huésped de la vacina República.

Hé aquí una idea, aunque imperfecta de los inspirados versos.

Cuando arribaste á las playas de mi pueblo natal, yo vencido á quien todos acogen como vencedor, pali-deció mi rostro, sublime anciano, y me pareció que arribabas á nuestras costas y á mi corazón.

«Jamás se ha visto nada semejante á tu visaje; la nave trirreme que, en tiempos pasados, tocó en estas playas para traernos la Belleza, no ofrecía á la leyenda futura poesía tan sublime y santa como esa pequeña canoa de un barco holandés, que desembarcó en tierra francesa al anciano afligido.»

«No; ninguno de los ciclos de la Historia registran nada tan trágico y tan hermoso como la aparición de este viejo, con sus antiparras y su sombrero de copa enlutado que quedó en el fondo de su barco.

«Priamo, al presentarse en la tienda de Aquiles, no fué más grande que este anciano vestido de negro al presentarse en el balcón saludando al pueblo que le aclamaba.»

palpitante, que el único grito posible es el que lanzó un hombre desconocido, mezclado con la muchedumbre:

«Perdón para Europa!»

«Si, perdón! ¡Perdón, Krüger!

Perdón, sublime viejo! Perdón para esta horrible Europa, que empieza á confesar su crimen, perdón para esta Europa, que, condenando los crímenes pequeños, acaba por permitirlos grandes; perdón para esta Europa, que consiente que sean oprimidos los débiles, que mata á los armenios,

que asesina á la Grecia y se ensaña en los bosques; perdón para Europa y sus Pilatos, que extienden con horror

las manos lavadas sobre los sangrientos cadáveres de los justos que no supieron defender y salvar, perdón para esa muchedumbre de mercaderes egoistas; perdón para la moliecie, para la indiferencia, para la heroína y para el miedo... ¡Perdón para todos!

Perdón para esta vieja Francia!

Perdón para este pueblo, que sólo te ofrece sus aclamaciones platónicas;

perdón para el soldado que se envanece del heroísmo de Villepin y se queda en París... ¡Perdón para

los poetas cuya lira permanece mudada en el silencio de la muerte,

«Los Reyes deben oírte, oh ilustre viejo! No hagas esperar á los reyes...

Y si temes que te acojan friamente, dirígete al dulce país de las Biblias y de las pípas, á la antigua patria donde reina una hermosa niña, y dile: «Reinita: tú que eres tan buena como blanca y hermosa, mírame y solo; y ella te brindará su apoyo, y con tu ruda mano sobre su espalda

virgen ireás de reino en reino, y Antígona desde la sombra sonreirá dulcemente á Guillermina.»

«Pero si la Reina vacila, Jay, todo es posible y sólo recoges en las páginas de tu vieja biblia una lágrima de sus ojos azules, fabl entonces,

cuando traviesas de nuevo la Europa para ocultar en tu patria tus desengaños, no aceptas las aclamaciones, rechaza las flores, cruzas París de noche, solo, sin guirnaldas.»

«Y si siguien te pregunta, responde: Basta, basta. Dejadme volver á mis montañas, solo y triste como un león herido. No vine á Francia á pedir letreros de falco, grabados en

cintas de colores. Hemos peleado para asombrar el mundo. Hemos conseguido nuestro objetivo. El mundo nos contempla con asombro.»

«Luisa, esposa de un rico banquero, era mujer hermosa y rica; estaba, empero, dominada por desinfiercales furias que pierden el alma y matan el cuerpo: el orgullo y la soberbia.

DOS MADRES

HOICANT SIMIMA

Era Luisa madre de una niña, verdadero capullo de rosa, fresca como el rocio de la aurora, radiante de hermosura, como el sol primaveral.

El carácter de Julia—que así llamaban á la linda niña—era un tanto altivo; cambiarle por completo no hubiera sido ciertamente difícil tarea, si la tierna criatura hubiese tenido otra madre.

—¿Qué tienes...? Has llorado?

Así preguntó un día Luisa á su hija.

—Sí,—respondió la niña.

—Por qué?

—Porque la doncella me ha reñido.

—Y te has contentado con llorar?

Debias haberla tirado una copa, una porcelana, cualquier objeto á la cabeza, clavarle un alfiler, hacer algo, en fin, para vengarte. Jamás olvides que eres noble y rica, y que tus criados serían unos miserables pordioseros si no los mantuviessen tus padres y ellos saliesen de miseria con lo que les roban.

El precedente breve diálogo sirva de pálida muestra respecto de la buena educación que Julia recibía.

Pocos minutos después, Luisa hizo sonar el argentino timbre para llamar á la doncella, la insultó horriblemente y la despidió, abandonando la infeliz criada aquella casa, ruborizada de vergüenza y anegada en lágrimas.

No lejos del hotel—que fuera muy incivil decir hoy palacio—in que Luisa moraba, vivía Carolina.

Era ésta menos rica, pero no menos hermosa que Luisa, y su belleza se duplicaba, merced á su carácter dulcísimo y á sus virtudes.

También tenía una hija, cuyo genio no era semejante al de la madre. Pareciase demasiado á su padre, hombre político infatigado con sus ascensos debidos á su carácter intrigante, adictil y acomodaticio.

Era el reverso de la medalla, comparado con el esposo de Luisa, honradísimo y excelente sujeto, lleno de bondad.

Pero son las madres quienes tienen la santa y dulce aunque muy difícil misión de formar el corazón de sus hijos.

Y ya que hemos presentado una muestra del carácter de Luisa, oigamos ahora á Carolina. Cierta mañana llamó ésta á la doncella para que le sirviese el desayuno, después de haber regresado de la iglesia más próxima á la casa.

Había en el camino encontrado á un mendigo, y mandó á su hija le diese limosna; pero la niña frunció el entrecejo y resintió el maternal mandato, disculpándose con que le daban repugnancia los harapos.

Carolina obligó á la niña, ésta obedeció con desgusto, y la buena madre hizo á la hija besar la mano del mendigo, castigándola luego con privarla durante el día de todo recreo.

Pocos minutos después Carolina llamó á la doncella, y presentóse ésta llorosa y con el rostro encendido como una amapola.

—¿Qué te ha sucedido?—preguntó Carolina.

—Nada, señora.

—Algo será... tus ojos desmientan

tus palabras.

La criada enmudeció y bajó la cabeza; pero instada por su ama, que la mandó seria y formalmente hablar, y temiendo perder tan buena casa, sin recargar y atenuando la escena que la hiciera llorar, dijo:

—La señorita ha vuelto muy de mal humor y...

—Habla y no temas decir la verdad.

—Cuando la estaba descalzando me ha abofeteado.

Carolina, sin alterarse, llamó á Margarita su hija, y la dijo:

—Has olvidado el catecismo?

—No.

—Dime, entonces, cómo deben proceder los amos con los criados.

—Como con hijos de Dios.

—Así debe hacerse, en efecto, porque son hermanos nuestros, y si ocupan una posición inferior, no por eso dejan de merecer consideración. Ante Dios existe la verdadera y equitativa igualdad, que en vano buscaremos en el mundo; y un sirviente virtuoso será glorificado, mientras un señor vicioso sufrirá la condenación eterna.

En pocos minutos me has dado hoy dos disgustos: durante ocho días servirás á la mesa á los pobres que haré venir para que coman contigo, porque soy la imagen de Jesucristo. Ahora arrodillate y pideme perdón.

La niña, llorosa, obedeció, y añadió la madre:

—Ahora pide perdón á Laura, la doncella: la primera vez que trates mal á un criado ó á otra persona inferior á tí, te haré encerrar en un convento.

ROMON NE

El infatigable tiempo continuó su velocidad Carrera, y las dos niñas se hicieron mujeres, continuando la amistad de ambas familias.

Julia, educada por Luisa, después de dar mil disgustos á sus padres abandonó una noche á deshora su casa, seducida por un malvado.

Margarita, criada y educada en la virtud por Carolina, se unió á un hombre de mediana fortuna, pero honrado.

El marido de Julia era incorregible jugador, y como el juego es el rey de los vicios, lleva siempre en pos de él numeroso séquito de todos aquellos.

El dote de la mal educada joven y la fortuna que, muertos sus padres, heredara, desaparecieron sobre el absorbedor tapete en la orgía y los inmundos jupanares.

Margarita pasó muchos años fuera de la Corte, y regresó rodeada de sus hijos, cada vez mas amada por su esposo.

Tal es el envidiable privilegio de la virtud,

Una mañana, impulsada Margarita por su corazón benéfico, después de haber socorrido á varios desvalidos de esos que ocultan su miseria en sombrío e insalubre desvanece, se dirigió al hospital general.

En él encontró enferma de muerte á su antigua amiga Julia.

Irútil fuere decir cuán alto rayó su sentimiento.

Quiso trasladarla á su casa, pero los facultativos se opusieron con soberbia á los deseos de la buena

brada razon.

Algunas horas después había dejado de existir la que tan bella y rica fuera en más dichos días.

Tal es el fruto de la educación. Podrán atribuirse á Julia sus desgracias y desastroso fin?

De ningún modo: del uno y de las otras fué su madre la única responsable.

Creemos aventurar muy poco al afirmar que muchas hijas hubieran sido felices, si no hubiesen conocido á sus madres.

La causa de tan graves males consiste generalmente en la manera de tratar y concertar los matrimonios. Luisa desconoció completamente su misión; Carolina, por el contrario, mereció que de ella se dijese:

—Mil veces dichosa la mujer que sabe ser madre de familia.

Prop. católica.

Después de haber anunciado, con su acostumbrado lenguaje, el periódico «El País», la vista de la causa que un Presbítero (que no celebra) tiene entablada contra nuestro ilustre jefe D. Ramón Nocedal, y el triunfo forense que obtendría el diputado carlista, que no asiste al Congreso cuando se ataca á D. Carlos, sobre el jefe de nuestra comunión integrista, con sorpresa de todos se suspende la anunciada vista.

No se sabe que D. Matías Barrio y Mier, defensor del citado Presbítero, haya enfermado repentinamente, se ignora que Castilla haya retirado su acusación: nos consta que D. Ramón Nocedal se halla en Madrid, donde ha ido exclusivamente por este objeto, y no obstante, se suspende la vista de la causa.

Será que intentarán el acusador, el defensor y el periódico encargado de panegirizar á uno y á otro, que se celebre dicho juicio el mismo dia que está señalada la causa sobre las placas de Castellón, en la qual también ha de tomar parte el Sr. Nocedal, á fin de que no asista á la una ó á la otra?

Si no se pretende semejante valentía que se intenta con el aplazamiento de la causa?

Por eso terminó como no principiada. ¿Por qué será?

LEOPOLDO.

Por eso se cierran las puertas del sol á sol.

Parlant en uns hortelans, i erençenç es.

Yo, corasson de buen alma, i es can ob.

No en hay fet gens decabal, i erenç es.

Lavarat, perque un'âmas, babilo.

Venint en lo cor sancé, i talcs n'iq.

No hi hay pecatp, i em' qd, em' qd, i em' qd.

Cosa clara, i em' qd.

Allavonts, m' hayicrègut, babilo en.

Quiera matutatq si i em' qd.

Pos yara estimenç, i em' qd.

Vols una coleta? i em' qd.

Calle, i em' qd.

Tenir avuy intenció, i em' qd.

De comprá una menudetada, i em' qd.

Y ne sé si 'n eurtizé, i em' qd.

Un dia en gatera i passa, i em' qd.

Posa un grapat de fesols, i em' qd.

I tots lebòs i em' qd.

—No

—Chica calla.

Ha caygut tot lo Mercat,

—Lo Mercat? Guay! Que dius ara?

—Pos que no has sentit lo ven?

—Dius si 'l hay sentit? Ay manu!

Si no hay pagut tanca l' ull.

—M' ha agarrat cap desgracia?

—M' ha agarrat un tremol

Quan Sisqueta m' hu contaba...

Com que viu davant mateix,

—Sab? Cisqueta l' Andrapada...

Diu qu' alló fa fredat,

—Pos no ha de fa, chica, calla...

—Y ara ahont va a comprá la gen?

Guay, mira, tohom s' arranca

Per Pon de la pedra avall.

Per la Font davant ca Carpa

Casi hasta ca Canivell

No s' hi pot pegà una passa;

Tota la Plassa de baix

Hasta ca Carpio, y ancara

Com ha fet tan mal mati

No hi alló.. una gran plassada.

Així 'm quedo.

—Vaiga, adiós.

Me n' veyt correra paca casa

Qu' ancara hay d' encendre l' foc,

—Yo també me'n vaya i plassa, i ob

Que veig que ma's ha fet tart, senó

Y si 'l chich se despertaba

Mouria un sarabastall,

—Adiós, Chimeta.

—Adiós, Cuana.

—Ara mateix m' ho contaba

Chimeta! Acardalencia, i ob

Guay! Siem' hay quedat gelada la

—Tú no 'n sabies res?

—Chiquets, ni una paraula.

—Y quan dihuén qu' ha sigut?

—Han dit qu' està matinada.

—Pos si feia ua ven tan fort,

—Devilaré alguna maniga.

—Per forsa, i ob

—No 't dire m'!

Teniem davant de casa

Lo més fa vint anys, i ob

Una massanera agrair, i ob

Sab? allí tocant al pou,

Pos mira, mo 'n ha arrancada

Tota en semit,

—Chica yes...

—Lo que 't contó. Creuume, Cuana,

Quan 'l hay vista este mati

Hay tingut una rabiada,

Ham vingut aquí a suitat,

Y entre 'l fiato y la báscula,

D' allí dels quatre camins,

Hay viet una gran gentada,

Dos ó tres carrés parats,

Y'ls celadós tots en dansa, i ob

Parlant en uns hortelans, i ob

Yo, corasson de buen alma, i ob

